Siempre he pensado que para cantar hacía falta, más que voz, in teligencia. Las grandes voces abundan, no así los grandes cantantes.
Un gran cantante no es un milagro como -hasta cierto punto- lo es una gran voz, sino un orfebre, un artista, y sus interpretaciones revelarán siempre, no importa cuán espontáneas nos parezcan, la minuciosa y velada alquimia de la obra de arte.

Se canta como se es, decía un gran maestro de canto, y nada más cierto. Nada nos dice tanto de alguien como su voz. La voz es aire, respiración, exhalación directa del espíritu, y lo que somos se nos va en ella. Una persona superficial no podrá cantar de otra manera. en su manera de decir, de darse, - y cantar es darse- se nos revelará, quiéralo o no, tal como es. Sus interpretaciones la desenmascararán aún cuando la voz sea atractiva o poderosa. El cantante sensible, lo revelará en su voz. El cantante culto ,lo revelará en su voz. El cantante que ha sufrido y ha sabido dignificar, es decir aprovechar su dolor, lo revelará en su voz. El cantante que cree en algo, llámese esto, arte o Dios, lo revelará en su voz. La lectura de un buen libro, la contemplación de un gran cuadro, la atención con que se escucha a un pianista o se observa el trabajo de un primer actor, repercutirán en la voz, y el cantante que se acerque a ellos acusará, más tarde o más temprano, su influencia. La VOZ ES LA PERSONA, y todo lo que hagamos por una lo haremos por la otra.

Cantar no es, como piensan algunos, desahogarse, deshacerse de la carga interior que nos molesta. Triste sería, si ése fuera, el propósito del arte. Cantar es remedarse, alcanzar, en esos instantes en que la voz fluye suspendida, el colmo, la plenitud que, terminada la pieza, nos será negada en otras instancias de la vida. No es, aunque esa sea la noción más generalizada entre los que desempeñan el oficio, una simple actividad catártica. Cantar es sublimarse, darle jerarquía de belleza a lo que dentro de nosotros, en bulto, se debate, hace ruido. Y es también trascenderse, irse uno por encima de uno mismo en un ser ideal. si el escultor trabaja con la piedra, el poeta con las palabras, el pintor con los colores, qué privilegiada situación la del cantante, cuyo material de trabajo no está fuera de sí, sino es él mismo, su propia voz. Como si de su propia carne pudiera el escultor hacer sus estatuas, como si el pintor , mojando los pinceles en el color de sus ojos, pudiera pintar con ellos. Escuchamos a un gran cantante y no es una voz lo que oímos sino una persona recreándose, haciéndose obra de arte. Lo que nos traspasa, además de la belleza de la voz, es la sospecha, inconsciente casi siempre, de que esa obra es la persona, y si no la persona, al menos lo que esa persona quiere, puede ser.

Hace unas noches escuchaba a una joven compatriota, interpretar canciones de mi pais. Lo que me sorprendía, además de la belleza de la voz, era el reencuentro con lo cubano, implícito no ya en la música y la letra de aquellas composiciones, sino en la sensibilidad, en el espíritu de la voz que las decía. Lo cubano ideal, por supuesto, despojado de toda fanfarria, de todo tipicismo, de todo abuso de folclore y anzuelos para turistas. Lo que de más noble y puro y universal puede haber en un pueblo, asumido, encarnado. He ahí la voz que nos trae - me dijo, usando la frase de un escritor nuestro- "la isla en peso". Voz cuya espesura no es nunca excesiva, como no lo es la de nuestra flora; cuya obscuridad, si alguna tiene, es la de nuestras noches, más bien claras; cuya fortaleza es la de la caña, que más que enfrentarse a la brisa se mece con ella; cuyo propósito no es sobrecoger, como no lo es el de nuestro paisaje, sino dar una sensación de holgura, de desamparo, de melancolía. Voz que, pudiendo embestir como el mar, tira al arroyo; que no se abre en terraplén, sino en el trillo; que alza el vuelo y, en vilo, como el colibrí cuyas alas no vemos, sigue cielo arriba, hasta ser pura titilación, semilla voladora, fruición de estrella. Era una voz que obligaba a pensar, que hubiera obligado a pensar aún cuando hubiera prescindido de las palabras, que de tan bella, y honda, y hasta sobrenatural a veces, daba, como todo lo que desinteresadamente nos habla de un orden superior -una flor, un poema, la mano de un niño- ganas de llorar. Todo en ella rezumaba inteligencia, cultivo, esmero , profundidad.

No basta poseer una gran voz para ser un gran cantante, sino que, en cierta forma, hay que desarrollar, a fuerza de tesón y tino, una gran persona, es decir, un ser humano capaz de depositar en ella un sentido a la altura -o por encima- de lo que podríamos llamar el "físico" de eas voz. Y cuando decimos "gran persona" no aludimos, por supuesto, a la acepción ética de la frase. El arte no exige santos, sí, de una manera u otra, seres capaces de saltar los límites colectivos y llevar, un poco más allá, la antorcha de la humanidad. El gran cantante no es el resultado de una voz sino del desvelado afán del Hombre de, gracias a ella, mejorarse, cumplirse, alejarse lo más posible de todo lo que en él descubre de primitivo o inacabado.

ORLANDO GONZ'ALEZ- ESTEVA

poeta cubano